

## HICIERON SEÑAS A SUS COMPAÑEROS

No elegimos a nuestros compañeros, ni a aquellos con los que convivimos y no podemos cambiarlos, ni pretender que nos comprendan, ni que sean amigos si no se da el regalo... Pero cuando, una vez aceptado todo esto, siento que la vida de estas personas tiene que ver conmigo, cuando en la fe siento que mi camino hacia Dios pasa hoy a través de ellas, entonces estoy en disposición de vivir esta *convocación* como una bendición y un desafío: es Otro quien nos ha puesto juntos para ir más allá de nosotros. Algo así debieron sentir los primeros discípulos cuando lo cotidiano se había vuelto rutina y no conseguían pescar nada, es precisamente ahí cuando una Presencia los alcanza pidiéndoles. Necesitamos redescubrir el don del Espíritu que se esconde en una vida tejida con otras y otros, con proyectos y visiones compartidas

### **Juan 21: Transfigurar la vida cotidiana**

«Poco después, Jesús se apareció otra vez a sus discípulos junto al lago de Tiberiades». Cada uno es nombrado por su nombre, también cada una de las que iniciáis este viaje que es el Capítulo. Poniendo de relieve el ser único y diferente de cada uno, los dones distintos que compartiréis. «Estaban juntos Simón Pedro, Tomás llamado el Mellizo, Natanael el de Caná de Galilea, los de Zebedeo y otros dos de sus discípulos» (Jn 21,2). Esos “otros dos” somos cada una de nosotras...

Durante la noche nada salió como esperaban y se sienten frustrados. Y es ahí precisamente, en las noches de nuestra vida y del mundo, donde él viene por donde menos lo esperamos:

### **¿Habéis pescado algo?**

Jesús se acerca *preguntando*, no imponiendo; ofreciendo, sugiriendo. Se acerca como un pobre, viene sin avisarnos para decirnos que tiene hambre de nuestras vidas. Se dirige a sus discípulos amorosamente como sus muchachos. Jesús les pregunta por el sustento, lo que nutre la vida, lo que le da sabor. Y ellos tienen que reconocer que no tienen nada, que sus manos están vacías.

Jesús les invita a arrojar la red por el lado derecho, no les está pidiendo nada especial. Hacer lo que hacen normalmente, echar las redes, pero por el lado derecho, fiados de su palabra. Necesitamos que su palabra penetre nuestras acciones cotidianas para que la vida descubra su fecundidad.

«Echad la red al lado de derecho». Por el *lado derecho* del templo brotaba el agua que todo lo limpiaba y lo sanaba (Ez 47, 1-10). En el lado derecho sitúa la iconografía cristiana la herida del costado (Jn 19, 34), la Puerta, la Fuente por donde mana esa corriente de amor incondicional... Volver a echar las redes por el lado del corazón.

Lo descubre primero el que se ha dejado querer más: «¡Es el Señor ¡!» (v.7). Jesús les tiene preparado un almuerzo, su pan y su pez, y les pide también los suyos: traed *alguna de los peces que habéis pescado (...)* Venid a comer” ...» (v. 9.12). Un amigo que les prepara un almuerzo y les invita.

La fecundidad no sucede en las cosas extraordinarias sino en las cosas cotidianas y sencillas, Antes de lanzarlos a la misión reconstruye la comunidad. No le importan ni el talento ni las capacidades, sólo el amor.

### Enviadas en nuestra fragilidad

**Jn 21, 15-18:**

«Simón, hijo de Juan» ¿me amas más que estos? (v. 15.16.17). ¿Por qué le llama así y no Pedro? Lo toma desde sus raíces, desde su sistema familiar, con su historia, como somos tomadas cada una de nosotras, para integrar toda su persona, para no dejar nada fuera.

Jesús, conocedor de las limitaciones y de las posibilidades humanas, tres veces preguntó a su corazón: «¿me amas?», para sanar sus heridas, para poner misericordia y gozo en el espacio donde había crecido la culpabilidad. «¿Me amas?». Nos pregunta a cada una de nosotras. Emocionarnos de ver a Jesús tan humano.

Es extraño que Jesús haga que Pedro se compare, «¿me amas más que estos?» (v.15). Qué sabe Pedro de cómo y cuánto le ama Juan o los otros. La pregunta nos evoca la parábola que Jesús cuenta a Simón, un fariseo que le invitó a comer. Mientras están a la mesa, una mujer, pecadora pública, se presenta inesperadamente con un frasco de perfume y unge a Jesús (Lc 7, 36-50). Simón se queja y Jesús le cuenta una historia: «un prestamista tenía dos deudores: uno le debía quinientos denarios y otro cincuenta. Pero como no tenían con que pagar le perdonó la deuda a los dos. “¿Quién de ellos lo amará más?”. Simón respondió: Supongo que aquel a quien le perdonó más...Jesús le dijo: “así es”...».

Y dirá de la mujer que le unge: «si da tales muestras de amor es que se le ha perdonado mucho, en cambio al que se le perdona poco mostrará poco amor» (Lc 7, 47). En realidad, lo que Jesús le está diciendo a Pedro es déjate amar hasta el fondo, déjate perdonar, porque eso te capacita para amar más. Jesús nos pone una y otra vez el contador a cero.

*Déjate amar* para que puedas cuidar de tus hermanos...no desde tu ego...sino desde tu fragilidad... Cuando has atravesado momentos de fragilidad estás más preparada que antes...Pedro puede, ahora, amar más porque se le ha perdonado más. Es en su fragilidad, en su debilidad, no en su fuerza, donde Jesús le confía a los suyos, y le revela las posibilidades ilimitadas del amor.

Pedro le responde *philia*, lo ama con un amor de amigo, Jesús le pregunta por el *ágape*, el amor que está liberado del ego, de la auto-suficiencia, de toda intención de adueñarse de los demás.

### Déjate querer ahí donde estás

Jesús nos pregunta sobre el amor y nos confía a alguien y nosotras somos a la vez confiadas a otros. Tenemos mucho más amor para dar del que imaginamos, existe en cada una de nosotras en exceso, y este amor quiere ser liberado, pero solamente puede ser liberado volcándose en otros. Aparentemente nadie puede abrirse al amor por sí mismo. Dejemos que otros nos abran a amar y abramos a otros al amor a través nuestro. *Déjate amar*, le dice Jesús a Pedro. Y nos dice también a cada una de nosotras. Sea cual sea nuestra situación, lo que hayamos hecho, *déjate amar ahí*. Para poder ser enviada con modos nuevos a cuidar de los pequeños y frágiles.

### Recuperar el sentido y la gratitud

Los discípulos habían perdido su imagen de seguidores, habían tocado fondo, y entrado en una gran insatisfacción. Pero la presencia del Señor *en medio de ellos* les lleva a recuperar el sentido de sus vidas: perdón, paz, alegría desbordante, amistad rehecha... y la experiencia de una transformación. Sienten una nueva posibilidad de vida. A primera vista parece que la realidad sigue siendo la misma, pero es a través de los encuentros, con Jesús y entre ellos, que los hechos cobran un significado nuevo.

«Aparentemente su situación no ha cambiado siguen siendo pobres, pero ahora las cosas más elementales que están al alcance de su pobreza (pan, vino, pesca) se convierten en *celebración*. Aparentemente siguen referidos al humilde servicio, pero el Resucitado les ha revelado la *fecundidad* de esta actitud («*apacienta mis ovejas*»). No se les oculta el precio a pagar («*otro te ceñirá*») pero también Jesús promete su *presencia*» (T. Mifsud).

### Vivir despiertas

Cuando vivimos desde la profundidad, todo se convierte en un acto sagrado. *Vivir despiertas* a esta Presencia discreta de Dios en lo cotidiano.

El agradecimiento *por tanto bien recibido* es el que va a inaugurar un modo gozoso de encontrar a Dios en todas las cosas. Podemos preguntarnos qué les ocurrió a los discípulos y discípulas para pasar del miedo y la cobardía a dar su vida con gozo por Jesús. ¿Es que Pedro ya no tuvo que aguantar y luchar más con el orgullo de su hombre viejo, ni María Magdalena andar a vueltas con su afectividad? Seguro que sí, pero sentían su debilidad acogida por un Amor mayor con el que el Resucitado fue tomándoles la vida, hasta llegar a decir con Pablo: *realmente es él quien vive en nosotros*.

No es una alegría fácil la que van a sentir ahora, sino la alegría que ha madurado en el perdón y en la aceptación paciente de la propia vida. La del que siente su condición humana acogida con inmensa ternura. «*Te basta mi gracia*», le dirá a Pablo, cuando está cansado de luchar con un aspecto de sí mismo.

El agradecimiento es la señal de que nuestra vida va en buena dirección. Es el medidor de nuestra vida, el reconocimiento cotidiano de que cuanto podemos ser lo somos por Otro, de que no hay nada nuestro que no hayamos recibido primero. Lo que somos, lo que hay de más precioso en lo que somos cada uno, no depende de nosotras. Nos es dado.

### Permitir entrar a las otras

«Ir a donde tú no quieras» (v.18), dice el Señor a su amigo Pedro, porque él mismo había pasado esa situación. Aceptar el proceso de la vida y decir que sí a cada cambio en las etapas. «Extenderás tus manos», sin tener miedo. Extender las manos y ser llevadas por el Señor Jesús en este tiempo del capítulo, por mis hermanas. Y estar dispuestas a soltar. Soltar es otro modo de desprendernos. Lo que retenemos impide la vida, si retenemos el aliento nos asfixiamos. Soltar es adentrarnos en la profundidad de la vida, es temer menos y amar más. Soltar nuestros prejuicios y nuestras ideas. Abrir las manos y permitir entrar a las demás con ideas distintas, con cultura distinta, con sus dones y sus debilidades, sus preocupaciones, su sufrimiento, su sabiduría, su alegría...

Al final tendremos que hacer tan sólo una cosa: *extender juntas nuestras manos*. Lo que somos en lo más profundo conoce el camino y se unirá a Dios...

*Que es lo más importante en la vida, preguntó la discípula a su maestra: ¿el viaje o el destino? La compañía, respondió la maestra.*

Necesitamos hacer valer el “pez” de cada una. Saber que pertenecemos y formamos parte de algo mayor, que tenemos un *lugar*.

